



SANTO ROSARIO (Nota en torno a la edición crítica¹)

LUCAS F. MATEO-SECO

Santo Rosario es una hermosa y profunda consideración de los misterios del santo Rosario escrita, como dice su autor en el prólogo, “para que tú y yo nos sepamos recoger en oración, a la hora de rezar a Nuestra Señora”. Es un libro que brota inmediatamente de la vida de oración de su autor, y su finalidad no es otra que la de ayudar de modo práctico a entrar por caminos de contemplación. Ésta ha sido de hecho la finalidad del rezo del santo rosario a lo largo de la historia, y ésta es también la finalidad que perseguía el autor al redactar *Camino*, en cuyo prólogo escribe: “...y así mejores tu vida y te metas por caminos de oración y de Amor”. Aflora en *Santo Rosario* —más incluso que en *Camino*— el fluido diálogo del autor con el lector, el ambiente de intimidad, la cercanía a las escenas evangélicas.

Junto a estas similitudes existentes entre *Camino* y *Santo Rosario* puede decirse que, al mismo tiempo, existen entre ellos grandes diferencias en otros aspectos: a pesar de su brevedad —o quizás precisamente por ella— *Santo Rosario* es un libro con personalidad propia, muy distinta a la de *Camino*, como advierte ya en las primeras páginas de la edición crítica Pedro Rodríguez: “Por otra parte, escribe en la p. XXI, no cabía mayor contraste que el que se daba entre ambos libros: *Camino*, cuyos textos son originariamente unidades autónomas, y *Santo Rosario*, tan lineal en su redacción, que fue escrito por su autor en una sentada... Y, sin embargo,

← Página anterior

Nuestra Señora del Rosario. Iglesia del Apóstol Santiago. Gáldar (Gran Canaria).

1. Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer, *Obras Completas de San Josemaría*, I/2 (Edición crítico-histórica preparada por Pedro Rodríguez (Director) Constantino Ánchel y Javier Sesé), Rialp, Madrid 2010, 370 pp.

era evidente que los materiales de *Santo Rosario* formaban con los de *Camino* —primera época redaccional (*Consideraciones espirituales*)—, un único conjunto cultural e histórico: un único asunto teológico, espiritual, literario. De ahí que, mientras trabajaba sobre *Camino*, comencé a establecer, poco a poco, el texto crítico de *Santo Rosario*, cuya edición debía ser abordada con el mismo método de trabajo”.

Es evidente que tanto *Camino* como *Santo Rosario* forman parte de un único conjunto cultural e histórico, como se deduce, entre otras cosas, de la relación que se da entre ambos textos con muchas páginas de *Apuntes íntimos* en las que san Josemaría refleja el itinerario espiritual que está recorriendo por esos años y que tanto influye en ambos libros. El conocimiento de este *humus* en el que ambos libros hunden sus raíces es quizás el contexto más adecuado para captar la riqueza espiritual y los delicados matices de cuanto en ellos se nos dice.

La presente edición crítica

La edición crítica de *Camino* vio la luz en el año 2002, preparada con todo esmero —con “cariño de orfebre”, como diría Gabriel Miró— por el profesor Pedro Rodríguez², ya por esas fechas experto en ediciones críticas, pues a él se debe la edición crítica del *Catecismo Romano*.³ El profesor Rodríguez no sólo rastreó entonces el origen de los números de *Camino* y las diversas capas redaccionales que se dan en bastante de ellos, sino que buscó más allá de los textos, en la vida de san Josemaría de aquellos años, en los testimonios de los numerosos testigos y beneficiarios de su ingente labor apostólica y, como era de rigor, en sus *Apuntes íntimos*, es decir, en los cuadernos en los que san Josemaría apuntó las vivencias más íntimas de su alma. Al incorporar toda esta riqueza a la edición crítico-histórica de *Camino* en amplias introducciones y notas, el profesor Rodríguez ofrecía al lector unos datos valiosísimos para la mejor comprensión de la profundidad —existencial y de pensamiento— que revisten frases que, dada su sencillez,

2. Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer, *Obras Completas de San Josemaría* 1/1 (Edición crítico-histórica preparada por Pedro Rodríguez), Rialp, Madrid 2002, 1.195 pp.

3. *Catechismus Romanus seu Catechismus ex decreto Concilii Tridentini ad Parochos, Pii Quinti Pont. Max. iussu editus*. Edición a cargo de Pedro Rodríguez.

podrían parecer a una lectura superficial que comenzaban y terminaban en sí mismas; el trabajo del profesor Rodríguez en la presentación y anotación del texto ayudaba, sobre todo, a sintonizar con la interioridad de un mensaje espiritual de suma importancia.

Algo parecido sucede ahora con la edición crítica de *Santo Rosario*. *Santo Rosario* es un pequeño libro —“un folleto para ayudar a hacer oración” lo consideraba su autor—, que tiene un texto lineal y sencillo, redactado en un estilo *naïv* (en el mejor sentido de la expresión), como corresponde al “caminito de infancia” que su autor está recorriendo durante esos años y que propone a sus lectores. Pero el hecho de que el libro tenga un estilo tan asequible no significa que carezca de una honda visión teológica, sino todo lo contrario: la limpidez y la sobriedad del estilo literario de san Josemaría son el fruto sabroso de una contemplación muy alta de la relación filial a Dios Padre, de la acción del Espíritu en las almas, de la vida cristiana considerada como seguimiento de Jesucristo y de la maternidad de santa María. En las notas e introducciones, se ha sabido poner de relieve la hondura teológica, la densidad humana y la belleza literaria que llevan consigo estas breves páginas que tienen tanto que decir a nuestro mundo y que constituyen parte tan importante en la vida y en el mensaje de san Josemaría.

Quien conozca la edición crítico-histórica de *Camino* puede imaginarse fácilmente esta edición crítico-histórica de *Santo Rosario*. Introducciones y notas son parecidas a las de *Camino* en exactitud y abundancia, y están traídas aquí con igual oportunidad y justeza. El texto se ha reproducido anotando con todo detalle las circunstancias históricas en que nace y las correcciones introducidas por san Josemaría a lo largo de los años. Y viene enriquecido con unas páginas en que se reproducen las ilustraciones con que ha sido publicado en las numerosas ediciones que ha tenido. En definitiva, el lector encuentra aquí, al alcance de la mano, toda la información de que se dispone hasta el momento en torno a *Santo Rosario*.

El índice general es suficientemente expresivo de la estructura de este volumen: tras un prólogo de Mons. Javier Echevarría, Prelado del Opus Dei y unas páginas dedicadas a los prolegómenos de la edición enumeradas en romanos, se entra en la *Introducción General* en la que se trata de la *Historia del texto y de las ediciones* (pp. 3-46), *Las ilustraciones del Santo Rosario* (pp. 47-64) y *El contexto teológico espiritual* (pp. 65-116), apartado en el que se incluyen

tres subapartados de gran importancia: *El Rosario en la historia de la Iglesia*, *La devoción al Rosario en san Josemaría Escrivá*, y *La teología y espiritualidad en "Santo Rosario"*.

La segunda parte, *Texto y Comentario histórico-crítico* (pp. 117-276), está dedicada al texto, críticamente establecido, y viene acompañado de introducciones generales y a cada misterio, y del comentario textual, histórico, teológico y de fuentes. Esta segunda parte, que es la central, termina con un *Anexo* (pp. 277-296) y dos *Apéndices*. El *Anexo* es un comentario de los *Misterios de Luz* que Juan Pablo II introdujo en el Rosario. El comentario a estos misterios se ha elaborado con palabras tomadas de otros escritos de san Josemaría y en su edición guarda idéntico formato al de los demás misterios contenidos en *Santo Rosario*: con el cuidado ya habitual en las ediciones críticas de las obras de san Josemaría, los autores de esta edición dan cuenta de los lugares en que se encuentran esas palabras que ahora se utilizan como comentario de los Misterios de Luz, y de cómo y por qué se tomó la decisión de añadir esas consideraciones al texto de san Josemaría.

En el primer *Apéndice* se estudian "las otras ilustraciones" de *Santo Rosario* (aparte de las primeras, que fueron del joven arquitecto Luis Borobio, y que ya están estudiadas en las pp. 47-62) publicadas en vida de san Josemaría, y se complementan con la revisión de sus dibujos que realizó el mismo Borobio para la segunda edición polaca (1992). Con este esfuerzo, los autores ofrecen también información exhaustiva no sólo del texto de *Santo Rosario*, sino también de los dibujos que lo han acompañado en sus numerosas ediciones. El segundo *Apéndice* ofrece una enumeración, que quiere ser exhaustiva (cosa difícil en un libro tan popular) de todas las ediciones de *Santo Rosario*.

Plegaria vocal y oración contemplativa

Aconsejaba con frecuencia san Josemaría buscar la unidad de la propia vida, sabiendo conjugar acción y contemplación, vida de trabajo intenso y de oración no menos intensa. En el prólogo a esta edición, Mons. Echevarría subraya la importancia que tiene en la vida y en el mensaje de san Josemaría la unión entre oración vocal y oración mental, que es un aspecto esencial en la "unidad de vida": "Éste fue su consejo [de san Josemaría] a lo largo de toda la vida: no separar las

plegarias que se pronuncian con la boca (sobre todo las que componen el Rosario: Padrenuestro, Avemaría y Gloria) de la oración contemplativa, hecha "sin ruido de palabras" en la intimidad del corazón, hablando de tú a tú con Dios"⁴.

Este consejo, que brotaba en san Josemaría de la experiencia de su propia vida interior arroja una poderosa luz sobre la dimensión y la finalidad de *Santo Rosario*: ayudar al lector —concretamente, a quienes se acercaban a él por aquellos años—, a que trate al Señor sabiendo unir plegaria vocal y oración contemplativa. La deliciosa forma literaria del libro, de una sublime belleza, está al servicio de este objetivo: ayudar a que el rezo del Rosario se convierta para cada alma en oración contemplativa. Esto significa hacer universalmente asequible algo que pertenece a todos y que al mismo tiempo trasciende a todos: el trato íntimo con Nuestro Señor Jesucristo y con su Madre Santísima, adentrándose así por caminos de contemplación de la vida trinitaria. Como observa Mons. Echevarría, "muchos escritores e innumerables lectores consideran este libro como una verdadera joya desde el punto de vista literario, por su estilo y sus imágenes sugestivas; por la claridad de su prosa, que lo hace asequible a toda clase de personas, independientemente de su formación cultural o literaria; por la profundidad y sencillez con que expone las escenas evangélicas con una sobriedad de palabras que dan al texto una notable incisividad".

Se da en este libro una perfecta simbiosis entre fondo y forma: puede decirse que el fondo —la contemplación de los misterios del Rosario—, y la forma —el servicio de la palabra a la vivencia que se quiere transmitir—, dan a este libro, escrito significativamente de "un tirón" una mañana de diciembre de 1931, esa diafanidad que lo hace asequible a todos y la belleza propia de lo que es genuino.

Vida de infancia espiritual

Santo Rosario deja traslucir la fuente de la poderosa energía sobrenatural que mantuvo incansable la actividad y el buen humor del fundador del

4. J. ECHEVARRÍA, *Prólogo*, p. XVI (J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, edición crítico-histórica a cargo de Pedro Rodríguez, 3ª ed., Madrid 2002).

Opus Dei hasta el último momento de su vida en la tierra. En el epílogo escribe: “Amigo mío: te descubrí un punto mi secreto. A ti, con la ayuda de Dios, te toca descubrir el resto. Y el secreto —está hablando de su intimidad— es éste: hacerse pequeños, ya que el Señor se esconde a los soberbios y manifiesta los tesoros de su gracia a los humildes”.

Y es así: discreta y sinceramente, san Josemaría está “descubriendo” al lector el camino de infancia espiritual que él está recorriendo por esas fechas. Mons. Echevarría anota en el prólogo que ya en los meses anteriores a la redacción de *Santo Rosario*, es decir en el otoño de 1931, “y especialmente desde el 2 de octubre, tercer aniversario de la fundación del Opus Dei, san Josemaría avanzó decididamente por la vía de infancia espiritual. La había entrevisto en los años anteriores, tratando a millares de niños y de niñas a quienes preparaba para la Confesión y la Primera Comunión, cuando era capellán del Patronato de Enfermos (1927-1931). El Señor le concedió este don como respuesta a sus incesantes ruegos de mayor intimidad con Él, por la intercesión de la Virgen y de los Santos Ángeles Custodios”⁵.

Ya se ha señalado el paralelismo evidente entre *Santo Rosario* (cuya primera edición es de 1934) y *Camino* (editado también por primera vez en 1934 con el título de *Consideraciones espirituales*). *Camino* es buena prueba, muestra de que la presencia de la “vida de infancia” como camino seguro en la vida interior estuvo muy viva esos años en san Josemaría. Dos capítulos —*Infancia espiritual, Vida de infancia*— le dedicó en *Camino*. El prólogo de *Santo Rosario* brota, pues, impetuosa y mansamente de lo que constituye nervadura esencial de la vida espiritual de su autor: “He de contar a los hombres, dice en ese prólogo, un secreto que puede muy bien ser el comienzo de ese camino por donde Cristo quiere que anden. Amigo mío: si tienes deseos de ser grande, hazte pequeño. Ser pequeño exige creer como creen los niños, amar como aman los niños, abandonarse como se abandonan los niños..., rezar como rezan los niños”.

Eso es lo que el autor está intentando hacer durante esos años, Dios sabe con cuánto esfuerzo y con cuánto aprovechamiento. Los autores de la edición crítica en unas páginas de gran valor y, desde luego

5. *Ibidem*, XVII.

totalmente esclarecedoras del trasfondo espiritual de *Santo Rosario*, ofrecen al lector numerosas anotaciones de san Josemaría relativas a la “vida de infancia” en sus *Apuntes íntimos* en los días que median entre el 2 de octubre de 1931 y el 2 de enero de 1932. Son unos textos impresionantes que muestran hasta qué punto, al escribir *Santo Rosario*, san Josemaría descubre al lector “un punto” su secreto, y dan la perspectiva teológica —la fe hecha pensamiento y convicción personal— en que se encuadran estas páginas.

Ya desde los primeros momentos, san Josemaría consideró este camino espiritual de vida de infancia como “un camino cuerdo y recio que, por su difícil facilidad el alma ha de comenzar y seguir llevada de la mano de Dios” (*Camino*, n. 855), de modo que “quien sigue el ‘Caminito de infancia’ para hacerse niño, necesita robustecer y virilizar su voluntad” (*ibid.*, 856). Así se recoge también en el prólogo de *Santo Rosario* en el que dirige la mirada del lector hacia un apostolado de dimensión universal, con la fe y fortaleza que una tarea así exige: “Ojalá sepas y quieras tú sembrar en todo el mundo la paz y la alegría con esta admirable devoción mariana y con tu caridad vigilante”.

El autor se mantuvo siempre fiel a estas convicciones. Casi treinta años después vuelve a su recuerdo la redacción de *Santo Rosario* y dice: “El principio del camino que lleva a la locura del amor de Dios es un confiado amor a María Santísima. Así lo escribí hace ya muchos años, en el prólogo a unos comentarios al santo rosario, y desde entonces he vuelto a comprobar muchas veces la verdad de esas palabras (...). Si buscáis a María, encontraréis a Jesús. Y aprenderéis a entender un poco lo que hay en ese corazón de Dios que se anonada, que renuncia a manifestar su poder y majestad, para presentarse en forma de esclavo”⁶.

Estas palabras descubren algo del contenido sapiencial discretamente velado bajo la sobriedad de expresión. En realidad, *Santo Rosario* no es sino un ejemplo eminente de la oración de san Josemaría, siempre centrada en la meditación de la Escritura, en la que la letra es penetrada hasta llegar a los misterios de la vida de Cristo, que se hacen de alguna manera *transtemporales*, contemporáneos al lector, que puede así entrar

6. *Es Cristo que pasa*, Rialp, Madrid 1981, 144.

“como un personaje más” en la escena, que deja, por tanto, de ser escena para convertirse en vida. He aquí cómo invita a acompañarle en la conversación con el lector: “Ven conmigo y —éste es el nervio de mi confianza— viviremos la vida de Jesús, María y José. Oiremos su plática de familia (...). En una palabra: contemplaremos locos de Amor (no hay más amor que el Amor), todos y cada uno de los instantes de Cristo Jesús”. He aquí toda una propuesta de “contemplación activa” de la Palabra de Dios.

San Josemaría, lector de la Sagrada Escritura

Por la misma naturaleza y estilo del libro, *Santo Rosario* es un magnífico testimonio de cómo san Josemaría “leía” la Sagrada Escritura. El tema ha sido estudiado con detenimiento por autores muy conocidos, y a sus conclusiones me remito⁷. Recuerdo que, al realizar un estudio de Cristología, quedé fascinado por la fuerza con que la visión joánica de la Cruz gloriosa está presente su pensamiento⁸. En *Santo Rosario* aparece con una gran claridad la lectura de la Escritura que hace san Josemaría: es una lectura sapiencial, “metiéndose” en las escenas “como un personaje más”, acompañando a santa María, a san José, a Nuestro Señor.

La relación de san Josemaría con la palabra de Dios es una relación vital y contemplativa, hecha tantas veces desde la celebración de la liturgia y con la clara conciencia de su filiación divina. Esta lectura forma parte también de su mensaje espiritual. Su Santidad Benedicto XVI lo ha puesto de relieve al señalar a los santos como lugar en el que “aprender” a leer la Sagrada Escritura: “Ciertamente, dice el Papa, no es una causalidad que las grandes espiritualidades que han marcado la historia de la Iglesia hayan surgido de una explícita referencia a la Escritura (...) Cada santo es como un rayo de luz que sale de la Palabra de Dios. Así, pensemos también en san Ignacio de

7. Cfr. por ejemplo, S. HAHN: “Amar apasionadamente la Palabra de Dios. El uso de las Escrituras en los escritos de san Josemaría”, *Romana* 35 (2002/2), 376...; F. VARO: “San Josemaría Escrivá, lector de la Sagrada Escritura”, *Romana* 40 (2005/1), 186...

8. “Sapientia Crucis. El misterio de la cruz en los escritos de Josemaría Escrivá de Balaguer”, *Scripta Theologica* 24 (1992), 419-438.

Loyola y su búsqueda de la verdad y en el discernimiento espiritual; en san Juan Bosco y su pasión por la educación de los jóvenes; en san Juan María Vianney y su conciencia de la grandeza del sacerdocio como don y tarea; en san Pío de Pietrelcina y su ser instrumento de la misericordia divina; en san Josemaría Escrivá y su predicación sobre la llamada universal a la santidad; en la beata Teresa de Calcuta, misionera de la caridad de Dios para con los últimos; y también en los mártires del nazismo y el comunismo, representados, por una parte por santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein), monja carmelita y, por otra, por el beato Luís Stepinac, cardenal arzobispo de Zagreb⁹.

Aquel “folleto para ayudar a hacer oración” ha abierto un camino a muchas almas y se ha convertido, siguiendo el símil evangélico, en un árbol frondoso en el que vienen a reposar aves innumerables. Bienvenida sea su edición crítica.

Lucas F. MATEO-SECO

Director de *Scripta de Maria*

Facultad de Teología
Universidad de Navarra

9. BENEDICTO XVI, Exh. *Verbum Domini* (30-IX-2010), n. 48.